

LIBRO CUARTO

MARENGO

El primer cónsul espera con impaciencia noticias de Alemania. — Recíbelas favorables y se decide á partir á Italia. — Miseria de la guarnición de Génova y sus padecimientos. — Constancia de Massena. — El primer cónsul se apresura á socorrerle ejecutando el proyecto de atravesar los grandes Alpes. — Parte el primer cónsul, créese falsa su aparición en Dijón y llega á Martigny en el Valais. — Escoge el monte San Bernardo para atravesar la gran cordillera. — Medios que ocurren para transportar la artillería, las municiones, los víveres y todo el material de guerra. — Comienzo del paso. — Obstáculos inauditos superados por el ardor y perseverancia de las tropas. — Obstáculo imprevisto del fuerte de Bard. — Sorpresa y dolor del ejército á la vista de aquel fuerte, reputado como inexpugnable. — La infantería y la caballería hacen un rodeo evitando aquel obstáculo. — Pasa la artillería transportada á brazo por debajo de los fuegos del fuerte. — Toma de Ivrea y formación del ejército en las llanuras del Piamonte antes que los austriacos tuvieran noticia de su existencia y de su marcha. — Paso simultáneo del San Gotardo por el destacamento de las tropas de Alemania. — Plan del general Bonaparte, verificada su incursión en la Lombardia. — Decídese á pasar á Milán para reunir las tropas procedentes de Alemania y envolver después á Mr. de Melas. — Ilusiones prolongadas de Mr. de Melas, desvanecidas de repente. — Dolor de este antiguo general. — Ordenes primero inciertas y luego positivas de evacuar las orillas del Var y las cercanías de Génova. — Últimos ahogos de Massena. — La imposibilidad absoluta de alimentar á sus soldados y á la población de Génova la reduce á la rendición. — Capitulación honrosa. — Tomada Génova, se reconcentran los austriacos en el Piamonte — Importancia del camino de Alejandría á Plasencia. — Apresúranse los dos ejércitos á ocupar á Plasencia. — Anticipanse los franceses. — Posición de la Stradella, elegida por el primer cónsul para envolver á Mr. de Melas. — Espera de algunos días en esta posición. — Juzgando que los austriacos evitan su encuentro, va el primer cónsul en su busca y los sorprende en la llanura de Marengo. — Batalla de Marengo, perdida primero y vuelta á ganar después. — Inspiración feliz de Desaix y su muerte. — Pesar del primer cónsul. — Desesperación de los austriacos; convenio de Alejandría, por el cual entregan la Italia y todas sus plazas al ejército francés. — Días empleados en Milán por el primer cónsul para arreglar los negocios de Italia. — Conclave en Venecia y promoción de Pío VII al pontificado. — Vuelta del primer cónsul á París. — Entusiasmo que excita su presencia. — Continuación de las operaciones sobre el Danubio. — Paso de este río más abajo de Ulm. — Victoria de Hochstedt. — Conquista Moreau toda la Baviera hasta el Inn. — Armisticios en Alemania y en Italia. — Principian las negociaciones de paz. — Llega á París Mr. de Saint-Julien, enviado por el emperador de Alemania. — Fiesta del 14 de julio en los Inválidos.

Sólo esperaba el primer cónsul el éxito de las operaciones del Rhin para descender á las llanuras de Italia, porque sin él no podía pedir á Moreau un destacamento de sus tropas; Mr. de Kray no había quedado tan completamente separado de Mr. de Melas que fuera prudente arriesgarse en nuevas maniobras á la espalda de éste. Esperaba el primer cónsul dicha noticia con grande impaciencia, resuelto á dejar á París y á tomar el mando del ejército de reserva así que supiese con certeza el buen resultado de las operaciones de Moreau. Urgía, en efecto, el tiempo, pues que Massena se hallaba en Génova reducido á las más crueles extremidades. Dejamos á éste luchando en aquella plaza contra todas las fuerzas de los austriacos con un ejército extenuado de fatiga y causando al enemigo diariamente, á pesar de su prodiosa inferioridad, pérdidas considerables. El día 10 de mayo, habiendo aventurado el general Ott una bravata impertinente anunciando á Massena la falsa noticia de que hacía salvas por una victoria ganada por el general Suchet, resolvió el ilustre defensor de Génova dar una respuesta ruidosa á aquella indecorosa baladronada. Salió de la ciudad formado en dos columnas: la de la izquierda, mandada por el general Soult, dió la vuelta al Monte-Ratti por el Besagno arriba; la otra, mandada por Miollis, atacó al mismo Monte-Ratti por el frente. Los austriacos, atacados con vigor, cayeron precipitados á los barrancos, perdieron aquella po-

sición importante y dejaron mil quinientos prisioneros. Massena volvió á entrar por la tarde triunfante en la ciudad de Génova, y á la mañana siguiente escribió al general Ott que acababa de mandar hacer salvas por su victoria de la víspera; ¡venganza heroica, digna de aquel pecho esforzado!

Pero era aquel el término de sus triunfos, porque sus soldados rendidos apenas podían sostener el peso de las armas. El 13 de mayo (23 floreal), cediendo aquel varón enérgico al dictamen de sus generales, consintió casi á su pesar en una operación cuyo resultado fué harto infeliz; consistía dicha operación en apoderarse del Monte-Creto, posición importante que sin duda alguna hubiera sido muy conveniente ganar á los austriacos, los cuales hubieran tenido que desviarse mucho de Génova, pero que desgraciadamente no ofrecía probabilidades de buen éxito. Massena, que ciertamente no desconfiaba de su ejército, pues que cada día exigía y lograba de él lo bastante para recibir la espada que el general herido le entregó con cargo de dársela á Massena. (N. del T.)

(2) Tenían por costumbre aquellas miserables amotinadas pedir con desaforados gritos *ó pan ó la muerte*, invocando al mismo tiempo el nombre de la Virgen con la voz de unión tradicional de la antigua república de: *Eviva, viva Maria!* Grande era la influencia que estas mujeres ejercían sobre el populacho indigente, y advertido de ello Massena hizo que saliesen inmediatamente de la plaza todas las que allí habían acudido de los lugares cercanos, para disminuir el número de los revoltosos. (N. del T.)

Comenzó el combate con toda brillantez, pero por desgracia una tormenta espantosa que duró algunas horas acabó con las fuerzas de nuestras tropas. Había reconcentrado el enemigo en aquel punto cuerpos numerosos, y repelió hacia los valles á nuestros soldados, muertos de hambre y de fatiga. El general Soult tomó á punto de honra el éxito de una expedición que había aconsejado; reunió como mejor pudo la tercera media brigada, la hizo arrojadamente volver cara al enemigo y hubiera quizás logrado la victoria si un balazo que le fracturó una pierna no le hubiera tendido en el campo de batalla. Quisieron sus soldados recogerle, mas no tuvieron tiempo de verificarlo, y aquel general que con tanta habilidad había secundado á Massena durante el sitio, cayó en manos del enemigo (1).

Volvió el ejército abatido y pesaroso á Génova, pero conduciendo, sin embargo, nuevos prisioneros. Mientras se hallaba empeñado en el combate, estalló un amotinamiento de mujeres dentro de la ciudad. Aquellas infelices, instigadas por la necesidad, corrían por las calles con campanillas y cencerros pidiendo pan á gritos (2). Fueron dispersadas, y tuvo el general francés que consagrarse casi exclusivamente al cuidado de alimentar al pueblo de Génova, que por otra parte le mostraba el más noble y heroico desinterés. Como ya dijimos, había logrado reunir sucesivamente granos para quince días, y después para otros quince; finalmente, un buque que aportó á Génova de improviso llevó grano para otros quince días, con lo cual juntó víveres para un mes largo. Bloqueado desde el 5 de abril, había podido subsistir con aquellos recursos hasta el 10 de mayo. Viendo disminuir sus provisiones, tuvo que cercenar la ración que pasaba diariamente al pueblo y al ejército, é imaginó suplir aquella falta con una especie de sopa hecha de hierbas y de la escasa carne que había quedado en la ciudad. Los vecinos acomodados encontraban todavía alimentos, comprando á peso de oro algunos comestibles escondidos que las pesquisas de la policía no podían descubrir para destinarlos al sustento común; de modo que Massena sólo tenía que consagrarse en rigor á la manutención de los necesitados, sobre quienes pesaba más principalmente la carestía. Impuso en beneficio de éstos una contribución sobre la clase opulenta, y esta medida los estrechó más al partido de los franceses; tampoco debe callarse que la mayoría de la población, temerosa de los austriacos y del régimen político que defendían, estaba de suyo dispuesta á secundar á Massena con su resignación y sufrimiento. Admirada de la energía de su carácter, mostrábase tanta sumisión como deferencia, á pesar de

(1) Al ver tendido en el campo al general Soult, los intrépidos granaderos franceses avanzaron para recogerle, pero el terreno por donde caminaban era una explanada que la copiosa lluvia había hecho tan resbaladiza que no les fué posible llegar hasta Soult. Sólo uno de aquellos valientes, extenuados de fatiga, consiguió acercarse á él lo bastante para recibir la espada que el general herido le entregó con cargo de dársela á Massena. (N. del T.)

(2) Tenían por costumbre aquellas miserables amotinadas pedir con desaforados gritos *ó pan ó la muerte*, invocando al mismo tiempo el nombre de la Virgen con la voz de unión tradicional de la antigua república de: *Eviva, viva Maria!* Grande era la influencia que estas mujeres ejercían sobre el populacho indigente, y advertido de ello Massena hizo que saliesen inmediatamente de la plaza todas las que allí habían acudido de los lugares cercanos, para disminuir el número de los revoltosos. (N. del T.)

que el partido oligárquico le suscitaba todos los embrazos imaginables, valiéndose de unos cuantos desgraciados hambrientos. Para refrenar á éstos hacia Massena que una parte de sus batallones permaneciese de retén en las principales plazas de la ciudad con la mecha del cañón dispuesta. Pero el pan miserable que servía de sustento, hecho de avena, de habas y de todas las especies de granos que se habían podido recoger, iba ya faltando y faltaba también la carne, en términos que para el 20 de mayo se conjeturaba no quedarían ya artículos que pudieran de modo alguno servir de comestibles. Era, pues, de toda urgencia libertar á la plaza del bloqueo antes del día indicado, si no se quería ver



Marmont

á Massena prisionero con todo su ejército y al barón de Melas reforzado con treinta mil hombres volver al Piamonte para cerrar las salidas de los Alpes.

El edecán Franceschi, encargado de llevar la noticia al gobierno, habiendo conseguido á fuerza de astucia y de arrojo atravesar las líneas austriacas é inglesas, puso al primer cónsul en conocimiento del estado deplorable de la plaza de Génova. El primer cónsul no perdonó desde entonces medio alguno para apresurar el momento en que el ejército de reserva atravesase los Alpes. Con este objeto había enviado á Carnot á Alemania con una orden terminante de los cónsules para que se pusiese en marcha sin demora el destacamento destinado á atravesar el San Gotardo. Trabajando día y noche, siguiendo una correspondencia no interrumpida con Berthier que organizaba las divisiones de infantería y caballería, con Gassendi y Marmont que organizaban la artillería, y con Marescot que se ocupaba en reconocer toda la línea de los Alpes, instaba y aguijoneaba á todos con ese ardor irresistible con que supo llevar á los franceses desde las orillas de Po á las riberas del Jordán y desde la Palestina al Danubio y al Boristenes. Proponíase salir en persona de París lo más tarde posible, por no abandonar el gobierno político de la Francia y dejar poco tiempo libre el puesto á los intrigantes y á los urdidores de tramas. Entretanto las divisiones procedentes de la Vendée, de la Bretaña, de

París y de la ribera del Ródano, cruzaban la vasta extensión del territorio de la república, y las cabezas de sus columnas asomaban ya por la Suiza. Permanecían constantemente en Dijón los depósitos de los diversos cuerpos, y además algunos quintos y voluntarios enviados á aquella ciudad para acreditar en Europa la opinión de que el ejército de Dijón era una mera fábula, inventada tan sólo para amedrentar á Mr. de Melas. Hasta aquí todo salía á medida de su deseo; la ilusión de los austriacos era completa; el movimiento de tropas que se verificaba hacia Suiza, notado apenas merced á la diseminación de los cuerpos, pasaba por un refuerzo enviado al ejército de Alemania.

Preparadas finalmente todas las cosas, tomó el primer cónsul sus últimas disposiciones. Recibió un mensaje del senado, del tribuna y del cuerpo legislativo, portador de los votos de la nación de que volviese en breve *vencedor y pacificador*. Respondió á él con solemnidad calculada, para que sus palabras corroborasen el sentido de los artículos de *El Monitor* é hiciesen creer que su viaje anunciado con tanto aparato era, lo mismo que el ejército de reserva, una pura ficción. Encargó al cónsul Cambaceres le substituyese en la presidencia del Consejo de Estado, que resumía entonces en cierto modo al gobierno entero; al cónsul Lebrún recomendó que vigilase sobre la administración de la hacienda, y díjoles á ambos: «Permanezcan ustedes firmes; suceda lo que quiera, no pierdan ustedes su serenidad: yo volveré como el rayo para aniquilar á los osados que intenten apoderarse del gobierno.» Encargó particularmente á sus hermanos, con quienes le unía un interés más personal, que le tuviesen al corriente de cuanto sucediera y que le avisasen para volver cuando su presencia fuese necesaria. Mientras publicaba su partida con ostentación, los cónsules y los ministros, por el contrario, debían decir confidencialmente á los propaladores de noticias que el primer cónsul dejaba á París sólo por unos días, y únicamente para ir á pasar revista á sus tropas dispuestas á entrar en campaña.

Partía, en efecto, lleno de esperanza y satisfacción. Había en su ejército, es verdad, considerable número de reclutas; pero también había en él muchos más soldados aguerridos acostumbrados á vencer y mandados por oficiales formados en su escuela; tenía además una confianza absoluta en la profunda concepción de su plan. Según los informes más recientes, Mr. de Melas se obstinaba en penetrar en la Liguria, llevando la mitad de sus fuerzas contra Génova y la otra mitad contra el Var. El primer cónsul, á quien estas noticias no permitían dudar del éxito de su empresa, veía ya en su ardiente imaginación el paraje mismo donde había de encontrar y derrotar al ejército austriaco. Estaba un día antes de partir meditando sobre sus planos y poniendo en ellos signos de diversos colores para figurar la posición de los cuerpos franceses y austriacos, y decía á su secretario, que le escuchaba con curiosidad y sorpresa. «Ese pobre Mr. de Melas pasará por Turín, se replegará hacia Alejandría..., yo pasaré el Po, le alcanzaré en el camino de Plasencia, en los llanos del Scrivia, y le batiré aquí, y aquí...» y diciendo estas palabras ponía una de sus señales en San Julián. Ahora veremos cuán extraordinaria era en él esta especie de revelación del porvenir.

Salió de París el 6 de mayo antes de alborar, acompañado de su edecán Duroc y de su secretario Mr. de Bourrienne. Así que llegó á Dijón pasó revista á los depósitos y á los reclutas que se hallaban allí reunidos sin material de guerra y sin ninguno de los accesorios que ha menester un ejército que se dispone á entrar en campaña. Después de esta revista, que debió hacer creer aún más á los espías que el ejército de Dijón era una pura fábula, se trasladó á Ginebra, y desde Ginebra á Lausanne, donde los preparativos eran ya más serios, y donde todo cuanto se hacía debía contribuir á desengañar á los incrédulos, aunque demasiado tarde para que pudieran mandar á Viena avisos útiles (1).

El 13 de mayo pasó revista el primer cónsul á una parte de sus tropas y entró en conferencias con los oficiales, á quienes había citado para que le diesen cuenta de lo que habían hecho y para recibir sus últimas órdenes. Al general Marescot, que era el encargado de reconocer los Alpes, era á quien más le urgía oír. Comparados todos los pasos de dicha cordillera, el del San Bernardo era el que á este ingeniero le parecía preferible, aunque consideraba la operación como muy difícil. «Concedo que sea difícil, respondió el primer cónsul, pero ¿es posible?— Así lo creo, replicó el general Marescot, pero empleando esfuerzos extraordinarios. — ¡Pues bien: á ello!» fué la única respuesta de Bonaparte.

Veamos los motivos que le decidieron á elegir el San Bernardo. El San Gotardo estaba reservado á las tropas procedentes de Alemania, cuyo mando tomó el general Moncey; hallábase este paso en el camino que habían de llevar, y sólo ofrecía sustento para quince mil hombres á lo sumo, porque los valles de la Suiza superior estaban enteramente asolados por la presencia de los ejércitos beligerantes. Quedaban los pasos del Simplón, del gran San Bernardo y del monte Cenis. No estaban éstos, como hoy, atravesados de carreteras; era preciso desmontar los carruajes á la falda del collado y transportarlos sobre carros para conducirlos al otro lado de los montes, y estos tres pasajes ofrecían poco más ó menos las mismas dificultades. El monte Cenis, sin embargo, como más frecuentado, era más accesible que los otros y ofrecía quizás por esta causa menos obstáculos materiales; pero desembocaba sobre Turín, es decir, en medio de los austriacos y muy cerca de ellos, y no se prestaba bastante al proyecto de envolverlos. El Simplón, por el contrario, que era el más lejano de los tres relativamente al punto de partida, presentaba los inconvenientes opuestos. Desembocaba, es verdad, en las cercanías de Milán, en un país floreciente, bastante le-

(1) Un diario inglés publicaba lo siguiente: «Por fin se resolvió el primer cónsul á dejar á París; el 6 del actual, antes de amanecer, se puso en camino para Dijón, acompañado de los dos consejeros de Estado Petiet y Defermont y de su secretario Bourrienne. (Mr. Thiers afirma que sólo le acompañaron Bourrienne y Duroc, y es muy posible que el diario inglés estuviese mal informado.) Sólo ha empleado veinte horas en el tránsito de París á Dijón (80 leguas francesas). En esta ciudad ha sido recibido con salvas de cañón; grande era el número de los curiosos que acudieron á verle de 30 leguas á la redonda. En la noche del 8 salió para Ginebra, donde estaba dispuesta para recibirle la casa de Mr. Saussure; el 13 se hallaba ya en Lausanne, alojado en casa de su amigo el banquero Hálller. Allí ha pasado revista á la vanguardia del ejército que se dirige á Italia por el San Bernardo, etc.» (N. del T.)

jano de los austriacos y enteramente á sus espaldas; pero ofrecía una dificultad muy considerable, que era la de las distancias. En efecto, para llegar á él había que cruzar con el material del ejército toda la longitud del Valois, lo cual hubiera exigido medios de transporte que no estaban á nuestra disposición. En medio de los valles áridos y cubiertos de hielo que habían de atravesar, estaban reducidos á llevarlo todo consigo, y no era cosa indiferente tener que recorrer un exceso de veinte leguas. Por el contrario, en caso de pasar el San Bernardo no había que andar más camino que el de Villeneuve á Martigny, es decir, desde la extremidad del lago de Ginebra, donde cesaba el medio de la navegación, hasta el pie del collado. La distancia que había de atravesar era corta; el San Bernardo desembocaba después en el valle de Aosta sobre Ivrea, entre los dos caminos de Turín y de Milán, en dirección excelente para envolver á los austriacos. Este tránsito, aunque más difícil y quizás más peligroso, merecía ser preferido por causa de la brevedad.

Decidióse, pues, el primer cónsul á conducir la masa principal de sus fuerzas por el mismo San Bernardo. Llevaba consigo lo más florido del ejército de reserva, que ascendía á unos cuarenta mil hombres, treinta y cinco mil de infantería y artillería y cinco mil de caballería. Queriendo, sin embargo, dividir la atención de los austriacos, imaginó hacer bajar por otros pasos algunos destacamentos que no habían podido reunirse al grueso del ejército. No lejos del gran San Bernardo se alzaba otro monte más pequeño del mismo nombre, que desde las alturas de la Saboya desemboca también en el valle de Aosta. Envió el primer cónsul por aquel paso al general Chabrán con la media brigada 70.^a y algunos batallones de Oriente llenos de reclutas. Constaba la división de cinco á seis mil hombres, y debía reunirse sobre Ivrea con la columna principal. Finalmente, el general Thurreau, que defendía el monte Cenis con cuatro mil hombres de tropas de la Liguria, recibió orden de dirigirse por aquel paso y procurar penetrar en Turín. Debía, pues, el ejército francés bajar los Alpes por cuatro puntos á un tiempo, el San Gotardo, el grande y pequeño San Bernardo y el monte Cenis. La masa principal, cuya fuerza era de cuarenta mil hombres, obrando en el centro de este semicírculo, tenía la certidumbre de reunirse con los quince mil combatientes venidos de Alemania, las tropas del general Chabrán y quizá también las del general Thurreau; debiendo resultar un total de sesenta y cinco mil soldados para consternar el ánimo del enemigo, que á la vista de todos aquellos cuerpos dudaría hacia qué punto dirigir su resistencia.

Hecha la elección de los puntos por donde debía verificarse el paso, era preciso pensar en la operación misma de llevar á sesenta mil hombres con todo su material de guerra al otro lado de los Alpes, sin caminos abiertos, por entre rocas y ventisqueros y en la época más temible del año por el derretimiento de las nieves. Harto difícil es ya de por sí transportar un parque de artillería, puesto que cada pieza aislada necesita un tren considerable, y para sesenta bocas de fuego era preciso mover por lo menos trescientos carros; pero añádase á esto que en aquellos altos valles, estériles los unos por las nieves perpetuas, y demasiado reducidos los otros

para alimentar á sus mismos escasísimos pobladores, no era posible encontrar medios de subsistencia. Había que llevar pan para los soldados, y hasta forraje para los caballos; así, pues, la dificultad era inmensa. De Ginebra á Villeneuve la cosa era fácil, merced al lago Lemán y á una navegación de diez y ocho leguas tan cómoda como pronta; pero desde Villeneuve, punto extremo del lago, hasta Ivrea, desembocadero por donde se entra en la fértil llanura del Piamonte, había que recorrer cuarenta y cinco leguas, de las cuales formaban diez por lo menos las rocas y ventisqueros de la gran cordillera. El camino de Villeneuve á Martigny y el de Martigny á San Pedro podía servir para los carruajes; desde allí empezaban á subirse senderos cubiertos de nieves suspendidos entre precipicios, de unos dos ó tres pies de anchura y expuestos, al sentirse el calor del día, al choque espantoso de los aludes. Era preciso andar por lo menos diez leguas por aquellos senderos para llegar al otro lado del San Bernardo, al pueblo de San Remigio, situado en el valle de Aosta. Volvía á encontrarse allí un camino carretero que conducía por Aosta, Chatillón, Bard é Ivrea á la llanura del Piamonte. Entre todos estos puntos sólo se indicaba uno que pudiera ofrecer cierta dificultad, que era el de Bard, donde, según decían, existía un fuerte de que habían oído hablar algunos oficiales italianos, pero que no parecía deber presentar serios obstáculos. Había que atravesar, pues, según dejamos dicho, cuarenta y cinco leguas, llevándolo todo consigo desde el lago de Ginebra hasta las llanuras del Piamonte, y de esas cuarenta y cinco leguas diez por lo menos sin caminos carreteros practicables.

He aquí los medios que imaginó el primer cónsul para transportar el material, y cuya ejecución dirigieron los generales Marescot, Marmont y Gassendi. Habíanse llevado por el lago de Ginebra á Villeneuve inmensas provisiones de granos, galleta y avena. El general Bonaparte, que no ignoraba que lograría fácilmente con dinero el auxilio de los robustos montañeses de los Alpes, envió á aquellos lugares sumas considerables de numerario; así había logrado reunir hacia aquella parte, aunque á gran costa y sólo en los últimos días, todos los carros del país y todos los lugareños con sus mulas. De este modo se llevó de Villeneuve á Martigny y desde Martigny hasta San Pedro, al pie del collado, toda la cantidad necesaria de pan, galleta, forraje, vino y aguardiente; lleváronse asimismo bastantes ganados. Condujose allí también la artillería con todas sus cajas. Al pie del collado, en el mismo San Pedro, había una compañía de obreros destinada á desmontar los cañones y á dividir las cureñas en piezas numeradas para poderlas transportar mejor á lomo. Los cañones, separados de las cureñas, debían ser conducidos en carros preparados al intento en Auxonnes. Para las municiones de infantería y artillería, que debían transportarse, como todo lo demás, por medio de las acémilas de aquella tierra, dispusieronse multitud de cajas pequeñas de fácil colocación sobre las caballerías. Otra compañía de obreros, provista de fraguas de campaña, debía atravesar la cordillera con la primera división y hacer alto en el pueblo de San Remigio, de donde arrancaba otra vez el camino carretero, para volver á montar las cajas de artillería y poner las piezas en sus cureñas. Tal era

el trabajo enorme que se iba á emprender. Agregóse al ejército una compañía de pontoneros que, aunque desprovista del material necesario para echar puentes, no dejaría de aprovechar todo el que hubiera á las manos en Italia.

Ocurriósele además al primer cónsul utilizar los buenos servicios de los religiosos establecidos en la hospedería del gran San Bernardo. Nadie ignora que unos cuantos piadosos cenobitas, establecidos allí hace siglos, viven en aquellas espantosas soledades sobre las regiones habitadas para socorrer en ellas á los viajeros víctimas de los temporales, descarrados y sepultados á veces entre las nieves. Envióse á última hora cierta suma de dinero para que pudiesen reunir gran cantidad de pan, queso y vino. En San Pedro, al pie del collado, había un hospital dispuesto; otro en el recuesto de los montes, en el mismo San Remigio; ambos debían quedar desembarazados de los heridos y enfermos que hubiese en ellos, transportándolos á otros hospitales más capaces establecidos en Martigny y Villeneuve.

Todas estas disposiciones estaban ya tomadas; las tropas iban gradualmente apareciendo; el general Bonaparte, establecido en Lausanne, las inspeccionaba á todas, las arengaba, las enardecía con el fuego que rebosaba en él, y las disponía para la empresa inmortal que había de figurar un día en la historia al lado de la grande expedición de Anibal. Cuidó de establecer dos inspecciones, la primera en Lausanne y la segunda en Villeneuve. Pasábase allí revista á cada cuerpo de infantes y jinetes, y por medio de almacenes improvisados en ambos puntos, se abastecían todos de calzado, vestuario, armas y todo lo preciso. La precaución era excelente, porque á pesar de todos sus esfuerzos y de todo el trabajo que se había tomado, veía el primer cónsul presentarse continuamente soldados veteranos con la ropa desgarrada y las armas inservibles. Quejábase de ello amargamente, y hacía reparar al punto los descuidos causados por la precipitación ó negligencia de los agentes, inevitable siempre en cierto modo. Llevó la previsión hasta el punto de establecer al pie del collado talleres de guarnicionero para reparar los arreos de la artillería. Escribió él mismo muchas cartas sobre asunto tan vulgar en la apariencia, y citamos esta circunstancia para instrucción de los generales y de los gobiernos, que suelen descuidar semejantes pormenores por incuria ó por vanidad, pendiendo de ellos la vida de tantos hombres. En efecto, nada de cuanto puede contribuir al buen éxito de las operaciones y á la seguridad de los soldados debe creerse indigno del genio ó de la categoría de los jefes que los mandan.

Estaban las divisiones escalonadas desde el Jura hasta el pie del San Bernardo para evitar el aglomeramiento. El primer cónsul se hallaba en Martigny en un convento de Bernardos, desde donde expedía sus órdenes y seguía una correspondencia no interrumpida con París y con los otros ejércitos de la república. Recibía noticias de la Liguria, en que le decían que Mr. de Melas, sujeto siempre á las ilusiones, empleaba todo su celo en tomar á Génova y en forzar el puente del Var. Tranquilizado sobre este importante objeto, dió por fin orden de verificar el paso: por su parte quedóse del lado de acá del San Bernardo para comunicarse con el gobierno el mayor tiempo posible y para enviar por sí

mismo las tropas y los efectos al otro lado de los montes. Berthier, por el contrario, debía trasladarse al otro lado del San Bernardo para recibir las divisiones y objetos que el primer cónsul le fuese enviando.

Pasó Lannes el primero al frente de la vanguardia en la noche del 14 al 15 de mayo (24 y 25 floreal). Mandaba seis regimientos de tropas escogidas, perfectamente armadas, dispuestas alegremente á intentar aquella marcha aventurera, dirigiéndolas un jefe tan emprendedor y valiente como aquél, y tan hábil en las maniobras, si bien un tanto insubordinado. Pusieronse en marcha entre la media noche y las dos de la madrugada para anticiparse á la hora en que el calor del sol, haciendo derretir las nieves, precipitaba montañas de hielo sobre los temerarios viajeros que se empeñaban en aquellas gargantas espantosas. Había que andar ocho horas para llegar á la hospedería del San Bernardo, situada en la misma cumbre del collado, y dos horas solamente para bajar de allí á San Remigio, con lo cual había tiempo para verificar el tránsito antes que llegase el momento del mayor peligro. Los soldados soportaron con ardor las dificultades de semejante camino; iban todos cargados, porque se les obligó á llevar consigo galleta para muchos días y gran cantidad de cartuchos. Trepaban por aquellos senderos escarpados cantando en medio de los precipicios, lisonjeándose con la conquista de aquella Italia, donde tantas veces habían saboreado los goces de la victoria, y con el noble presentimiento de la gloria inmortal que iban á adquirir. Para los infantes era el trabajo menor que para los jinetes, porque éstos, además de tener que marchar á pie, conducían por la brida sus cabalgaduras. El peligro era grande á la bajada; pues el sendero, demasiado estrecho, les obligaba á marchar delante de los caballos, y se exponían á ser arrastrados con ellos á los precipicios si llegaban á dar un paso en falso. Sucedieron, en efecto, algunos accidentes de esta especie, pero muy pocos en verdad, y aunque perecieron algunos caballos, apenas se desgraciaron unos cuantos jinetes. Ya de mañana llegaron á la hospedería, donde una sorpresa, dispuesta por el primer cónsul, reanimó las fuerzas y el buen humor de aquellas valientes tropas. Los religiosos, provistos de antemano de todo lo necesario, preparáronles mesas, y sirvieron á cada soldado una ración de pan, vino y queso. Después de un breve descanso volvieron á emprender su marcha, y bajaron á San Remigio sin el menor contratiempo desagradable. Lannes se estableció inmediatamente al otro lado de la montaña, y tomó las disposiciones necesarias para recibir á las otras divisiones y particularmente los efectos de guerra.

Debía ir pasando diariamente una división del ejército; la operación no podía, pues, menos de durar algunos días, sobre todo por causa de los efectos que habían de acompañar á cada división. Mientras iban llegando las tropas, se pusieron en camino primeramente los víveres y municiones. No era tan grande la dificultad en lo tocante á aquella parte del material que podía dividirse y colocarse en cajones sobre las acémilas como para los demás, ni dejaba de aumentarla la insuficiencia de los medios de transporte, porque á pesar del dinero que se prodigó á manos llenas, no se contaba con el número de mulas necesario para llevar el enorme peso que había que transportar al otro lado del San Bernardo.

Habiendo pasado, no obstante, los víveres y las municiones en pos de las divisiones del ejército y con el auxilio de los soldados, fué preciso pensar en el transporte de la artillería. Desmontáronse, como ya dijimos, las cajas y cureñas, y se colocaron en mulas; quedaban sólo los cañones, cuyo peso no era posible disminuir dividiéndolos. Mayor aún de lo que se había creído fué la dificultad para las piezas de á doce y para los obuses: los carros y rodillos contruidos en los arsenales no podían servir para el objeto; imaginóse entonces el expediente, que produjo buen resultado, de meter cada pieza entre dos medios troncos de un abeto hendido de arriba abajo y vaciado en canal, de modo que iban los cañones á rastras por entre las quiebras de las rocas sin sufrir el menor daño. Se destinaron mulas para tirar de las piezas revestidas de madera, y algunas llegaron en breve á la cumbre del collado. Pero la bajada era más difícil: esta sólo podía verificarse á brazo y corriendo infinitos peligros, porque había que retener la pieza é impedir que bajase rodando por los precipicios. Por desgracia empezaban á escasear las mulas, y los arrieros especialmente, de los cuales era preciso un número considerable, y estaban rendidos de fatiga. Fué menester entonces recurrir á otros medios; se ofreció dar á los lugareños de las cercanías hasta mil francos por cada cañón que se comprometieran á llevar desde San Pedro á San Remigio. Para uno solo se necesitaban cien hombres, invirtiendo un día entero en subirle y otro en bajarle. Acudieron algunos centenares de campesinos, y transportaron en efecto varios cañones guiados por los artilleros que los servían; pero ni el mismo cebo del lucro pudo decidirlos á renovar aquel esfuerzo. Desaparecieron todos, y á pesar de que se enviaron oficiales en su busca prodigando dinero para atraerlos nuevamente, fué preciso renunciar á aquel medio y pedir á los soldados de las divisiones que arrastrasen por sí mismos su artillería. Todo debía esperarse de soldados tan generosos. Para alentarlos á la empresa se les ofreció la ganancia que los lugareños cansados despreciaban ya; pero respondieron que toda tropa estaba obligada por su propio honor á salvar sus cañones, y rehusando todo estipendio echaron mano á las piezas abandonadas. Iban alternando los soldados de ciento en ciento, dejando sus filas para tirar de las piezas; en los pasos de más peligro entonaban las bandas militares trozos de música animada y belicosa estimulándolos á vencer aquellos obstáculos de una naturaleza hasta entonces desconocida. Al llegar al tope de los montes encontraban la refacción dispuesta por los monjes del San Bernardo, y tomaban algún descanso para volver á acometer á la bajada una empresa más grande y peligrosa. Vióse á las divisiones de Chambarlhac y de Monnier (1) arrastrar por sí mismas su artillería, y no permitiendo lo avanzado de la hora hacerla bajar en el mismo día, prefirieron quedar de retén entre la nieve á separarse de sus cañones. Por fortuna la noche era serena, y no fué preciso arrostrar los rigores del tiempo además de los embarazos del lugar.

En los días 16, 17, 18, 19 y 20 de mayo continuaron pasando las divisiones con sus víveres, municiones y

(1) Según el parte oficial que mandó Berthier al primer cónsul, los soldados que más se distinguieron en aquel trance fueron los del 19.º y 24.º ligeros, y los del 4.º y 96.º de línea; todos de la división de Loisón. (N. del T.)

artillería (2). El primer cónsul seguía apresurando desde Martigny el envío del material; Berthier lo recibía al otro lado del San Bernardo y hacía que los obreros lo dejaran corriente. Pensó el primer cónsul, cuya previsión no cesaba un punto, encaminar sin demora hacia la desembocadura de las montañas, para apoderarse de sus gargantas, al general Lannes, que tenía ya su división reunida y unas cuantas piezas de á cuatro dispuestas á rodar. Le mandó que se adelantase hasta Ivrea y que se apoderase de la población, para asegurarse la entrada de la llanura del Piamonte. Se dirigió Lannes en 16 y 17 de mayo sobre Aosta, donde se hallaban algunos croatas, que fueron arrojados al fondo del valle (3), y se encaminó después hacia el pueblo de Chatillón, adonde llegó el día 18. Un batallón enemigo que se encontraba allí fué derrotado y perdió un número considerable de prisioneros (4). Se internó Lannes en seguida en el valle, que á medida que se bajaba iba ensanchando insensiblemente y presentaba á los ojos de nuestros soldados alborozados y atónitos una risueña campiña cubierta de caseríos, árboles y huertos cultivados; en suma, todos los precusores de la hermosa fertilidad italiana. Iban marchando aquellos valientes llenos de júbilo, cuando el valle, estrechándose de nuevo, presentó á sus ojos una garganta estrecha cerrada por un fuerte erizado de cañones. Era el fuerte de Bard, designado ya como un obstáculo por varios oficiales italianos, pero como obstáculo que se podía superar. Adelantáronse los oficiales de ingenieros agregados á la vanguardia, y después de un breve reconocimiento declararon que el fuerte obstruía de todo punto el camino del valle, y que no se podía pasar adelante sin forzar aquella barrera que al primer aspecto parecía casi inexpugnable. Esta noticia, que cundió por la división, causó la más triste sorpresa. Digamos algo de la naturaleza de aquel obstáculo imprevisto.

El valle de Aosta da paso á un río que recibe todas las aguas del San Bernardo y que con el nombre de Dora-Baltea lleva su caudal al Po. Al llegar cerca de Bard, el valle empieza á estrecharse; el camino que va por entre la falda de los montes y el cauce del río se estrecha también sucesivamente, y por fin una enorme roca, que parece lanzada de las alturas vecinas al medio del valle, le cierra casi enteramente. El río entonces

(2) El día 16 de mayo publicó el general Berthier en la orden del día la siguiente proclama:

«Soldados:

»El ejército del Rhin está alcanzando ruidosas victorias; el de Italia lucha contra un enemigo superior en número y le disputa el triunfo con prodigios de valor; á vosotros, compañeros, toca ahora rivalizar con él en gloria, y reconquistar al otro lado de los Alpes ese magnífico teatro de la bizarría francesa. ¡Reclutas, ya suena la hora del combate! Vuestro corazón enardecido anhela igualar en renombre á esos soldados veteranos tantas veces vencedores. Con ellos aprenderéis á soportar las privaciones y á arrostrar las fatigas inseparables de la guerra. No olvidéis jamás que la victoria sólo se consigue con el valor y la disciplina. ¡Soldados! Bonaparte se acerca á vosotros para disfrutar de vuestros nuevos triunfos. Probad e que nunca dejasteis de ser los mismos valientes que se distinguieron bajo sus órdenes. La Francia y la humanidad os piden la paz, y vosotros vais á conquistarla.» (N. del T.)

(3) El oficial superior que mandaba en Aosta fué mortalmente herido; así consta de los partes oficiales de Berthier. (N. del T.)

(4) La fuerza enemiga era un batallón de banatas; hiciéronle los franceses 300 prisioneros. (N. del T.)